

HOTEL DAMASCO

Primera parte:

Historias de los años 20

- I -

Don Emeterio Suárez de Valcarría y Candía era muy cazador, y mujeriego. Es fama en el pueblo y sus alrededores que, llegando tiempo de tiro, se echaba él a las montañas, día tras otro sin pensar más que en pelo y pluma, azuzado por el olor a pólvora. A veces lo pillaban las nieves y no retornaba a casa en semanas —sin gran preocupación por parte de sus legítimos, pues todo estaba preparado para tales ausencias: su señora gobernaba la casa y los nueve hijos, y un mancebo tomaba cuenta de la botica, donde tertulia, baraja y dominó se mantenían con comentarios y suposiciones sobre las andanzas del farmacéutico.

Porque don Emeterio había completado estudios de Farmacia en Santiago de Compostela y mantenía abierto el negocio no por necesidad, pues era hidalgo con muchas tierras, sino por diversión e importancia social, que ambas cosas da una aptoteca acreditada de remedio y curación...

Aparte de los nueve hijos con doña Celsa Seoane, otros había tenido el ilustre cazador y, dependiendo de sus madres y de alguna que otra circunstancia (la de poder asegurarse de la paternidad, principal), fue dando trato diferente a las criaturas de su sangre. Es sabido que a Mariano de Maricarmela dos Muíños, costurera lindísima, "lo estudió" como allá se dice y el mozo siguió profesión con varios de sus medios hermanos, abogados en las partes de Ferrol y Betanzos.

Con todo, las salidas para los hijos espurios mayormente no fueron por el camino de los bachilleres. Y tal sería la de Manuel Varela.

La historia de Manuel comenzó en una junta de hilanderas en casa grande de lugar

encumbrado, por nombre Soacinsa (“Bajo la Ceniza” en habla antigua, quizá así llamado porque allá hubiese volcán o herrería en la Edad de los Moros).

Por Soacinsa y en temporada de caza la nieve sorprendió a una partida de señores que comandaba don Emeterio. Hubo que acomodarlos y se llegó a ver matrimonios durmiendo en las cuadras para ceder cama a gente tan principal de la villa cabecera de partido.

En uno de esos días de copos y viento, siendo horas de hilar, se juntaron mocerío y cazadores y, luego de mucho piar, cantar y porfiar en verso, la abuela de la casa dijo:

—La rapaza que le gusta a don Emeterio es la que tiene la rosquilla.

Y ciertamente así había sido el modo de expresarse el boticario, con regalo de harina y azúcar. La muchacha lo entendió y cumplió sus deberes.

Pasaron las nieves y vino la primavera cantando con mucha flor amarilla por la faz de los montes. Entró después el verano y don Emeterio se marchó con su familia a tomar las aguas. En otoño ya volvía él a entregarse al estruendo de la escopeta y los ladridos de los sabuesos. Una mañana de frío y venados, mientras descansaban para echarse un trago de la bota, su criado montero le vino a decir en voz baja:

—Don Emeterio, dicen que le nació a usted un pequeño allá por Soacinsa.

El patrón miró con ojo de agua clara a aquel Vicente da Rula y le respondió:

—Bueno, pues coge el caballo, vete a mirar la cría y dime si se me parece.

Así debió hacer el de la Rula (otra cosa no suponía don Emeterio) y volvió con un informe que no dejaba lugar a dudas:

—*Cuspidiño* —“igualito”—. Sólo le faltan los bigotes, don Emeterio.

El señor farmacéutico se retorció los apéndices pilosos, puntiagudísimos al estilo Kaiser por virtud de la tenacilla, e hizo lo que juzgó necesario:

—Mira, Vicente, compras en la feria dos cabras y se las mandas a aquella moza, para que nunca le falte leche al chico.

Tal ordenaba porque él había podido comprobar que la primeriza era un poco escasa de pecho.

Corrieron años, tal vez veinte, y don Emeterio raramente se acordó de la fiesta de las hilanderas en Soacinsa. Vicente da Rula pasó a mejor vida, llevado por un cáncer que la morfina mal pudo disimular; y de aquel chiquillo serrano nunca más escuchó el señor boticario, teniendo por toda noticia — que le dejó su montero— la buena condición en que crecía, acariñado por su madre y bien tratado por el sacristán de San Fiz, con quien ella se acabó casando.

Un día, en tiempo de elecciones, vinieron a dar discurso en el pueblo los partidarios del farmacéutico y, sintiendo don Emeterio que delante de conservadores y gente de orden las cosas tenían que andar ordenadas, mandó venir hombres a su cargo que pintaron alrededor del palco de la música una circunferencia blanca en el suelo, bien visible. Él, que ya peinaba mucha cana e impresionaba por el tamaño y la mirada fría, se acercó al terreno con una vara larga y, antes de que nadie hablara, advirtió que de la circunferencia para dentro sólo podrían pasar gentes con título y carrera; fuera sería el pueblo en general quien estuviese. Y si alguien no comprendía, que le preguntase a su vara.

En estos menesteres de separar ganado con alma, su vista dio en un buen mozo de mirada suave, que le recordó algo perdido, quizá el mirar de otra persona, no un varón recio sino una mujer delicada.

Pasó el discurso, hubo comilona; y al caer de la tarde, cobijados los íntimos en la rebotica, vino el mancebo a comunicar a su patrón que tenía visita.

—El rapaz dice que se llama Manuel Varela —informó—, y que usted ha de saber quien es.

—Que pase —respondió don Emeterio volteando una ficha blanca con siete puntos negros repartidos.

Pasó el visitante: chaqueta de paño gris, pantalón de pana ocre, camisa blanca sin corbata, la boina en las manos, zuecos en los pies. Saludó y, sin reparos, dio explicación de su presencia:

—Dice mi madre que usted es mi padre, don Emeterio; y nosotros no le hacemos reclamo, porque en nuestra casa se vive con holgura. Pero un favor sí le requeríamos, y es que me libre de África,

que de allá pocos vuelven.

Los contertulios miraron al boticario, expectantes, en aguarda de una de sus muchas salidas exitosas.

Don Emeterio Suárez de Valcarría mandó al muchacho tomar descanso en una silla próxima y fue a buscar un cuaderno.

Entonces le pidió nombres al completo ("Manuel Varela García, hijo de Manuela Varela García, con los mismos apellidos"). Después, edad, lugar de nacimiento y lista de abuelos y tíos.

Buscó el señor en las páginas del cuaderno, usando el dedo índice y, por fin, concluyó:

—Pienso que no eres hijo mío, sino de don Pedro Pardiñas, el de Correos. Así que vete a verlo y pídele lo que a mí me quieres, que él también puede conseguírtelo; y, si no pudiera por algo, entonces cuenta conmigo...

El mozo escuchó sin decir palabra y se fue, dando gracias a don Emeterio y las buenas tardes a todos.

Siguió la partida y pasaron aquel día y el siguiente, tiempo en el que al boticario, buen observador, se le repitió en el recuerdo la fisonomía de su pretendido hijo.

Era suyo —calculaba— no sólo por un aire que él también le había dejado a su primogénito sino porque, como dice la gente, "por las manos o los pies se ha de saber de quien es"; y Manuel Varela tenía las mismísimas manos huesudas de don Segundo Suárez de Valcarría y Rodríguez do Toldao, coronel carlista. Por caprichos de la genética, tal característica había saltado una generación, de la de su padre militar a la de su hijo labriego...

Al tercer día se presentó el Manueliño con la boina en la mano y anunció que el señor gerente de correos de la villa y comarca, compañero de farras aldeanas de don Emeterio, negaba toda posible paternidad, como se negaba a ayudar.

Visto lo cual, el dueño de la farmacia y de tantas otras cosas se dirigió al solicitante con afecto:

—Mira, hijo, no hagamos cuestión del asunto, que es mermarle virtud a tu madre. Si ella me apunta a mí, se lo vamos a creer tú y yo... Y, en cuanto a lo otro, déjalo de mi mano; pero creo que vas a tener que cambiar el África de los moros, que no hay peor canalla, por las Américas de los indios, que

todavía se dejan cristianizar.

- III -

Así fue como Manuel Varela García, natural de Soacinsa, lugar de la parroquia de San Fiz de Lamas, se vio embarcado en un trasatlántico; con todo lo que necesitaba un hombre para emigrar: pasaje, un buen baúl de poca altura —justo para caber debajo de la cama—, traje nuevo y botas con brillo; y un cinto con monedas de oro bien pegadas al cuerpo. Parte de lo que llevaba (el pasaje, lo principal) había sido regalo del boticario del pueblo; otra parte era fruto del diario guardar de su madre, mujer económica, siempre mirando por los cuartos que los feligreses de San Fiz depositaban en la urna del santo.

Aún siendo de la montaña, Manolo había visto el mar, por razones de oficio de su padrastro y por devociones de su madre. El mar para Manoliño Varela era una cosa grandísima, como una manta falsa, llena de vida, que se viniera a desagarrar tozudamente al pie del santuario a donde lo llevaban de pequeño en romería.

El mar le dio miedo ya desde chico y, cuando le dijeron que había de pasar casi un mes en un barco, algo se le movió en los adentros. Hasta pensó en volver a hablar con su padre natural, señor cariñoso, que sería capaz de hacerle avío en la guerra de los moros pues —cavilaba Manuel— en eso de las guerras también habría trabajos de cocinero o semejantes, poco expuestos a tiro y bomba.

Pero su madre, que siempre le había dado ánimos, lo convenció de que era mejor salir por esos mundos de Dios, aprender un oficio, hacer ahorros y volver a lo de costumbre, pues con cuartos la vida era buena en sus tierras de prados y montes con leña...

Manuel embarcó en el puerto de Coruña, y vio mucha gente llorando, en el muelle y a bordo, por lo que supuso que las Américas no habían de ser tan benditas como las pintaban los retornados con cadena de oro en el chaleco.

De primeras, metió el baúl en su sitio y se calló, esperando que los compañeros de camarote

abriesen conversación. Eran cinco, y de ellos al poco sólo le habló uno, muchacho animoso que dijo ir a un lugar rarísimo, donde nevaba mucho en el mes de Julio, no había árboles y la gente, poca, vivía de hacer pozos para sacar petróleo.

Manuel Varela algo entendió, pues de lo que le enseñaba su padrastro, el señor Justo (que sabía leer y tenía un libro que llamaba “enciclopedia”), ya tenía idea de que las partes diferentes del Mundo estaban dadas vuelta; y que el petróleo era eso que tan bien ardía para alumbrar en los quinqués cuando no se usaba para hacer gasolina de coche.

El compañero hablador se llamaba Eladio, e iba reclamado por su familia.

Pasaron días de mareo continuo. Los del camarote sufrían de náuseas y mucho vomitar; menos Eladio, que era pescador de oficio.

Manuel tuvo conversaciones con los otros compañeros. Los mareados, con mal cuerpo y voz apagada, hablaban de su meta, un sitio muy grande, de mucha gente, “muchísimo mayor que Coruña”, que ya le había parecido al montañés un estupor de personal y vehículos. Pero Eladio, llevado por sus ánimos, insistía en no quedarse allí.

Más allá de las islas Canarias, cuando hasta el último recuerdo de España dejaban atrás, Eladio le preguntó a Manuel si tenía destino.

Fue en noche de calma sobre el mar y Manuel le respondió que no, mirando las estrellas. Entonces Eladio le sugirió que lo acompañase: ambos eran jóvenes y en las tierras del petróleo donde nevaba en julio se ganaba dinero a montones.

Manuel se encogió de hombros y, cuando arribaron a un país que olía con mucha fuerza, a muchos olores, y estaba lleno de negros, Eladio se empeñó en que lo siguiera hasta la oficina de Telégrafos. Allí, después de varias explicaciones en una lengua que parecía la de los gallegos, un hombrecillo escribió lo que Eladio le decía que pusiera.

Era un aviso para su familia: que llegaba con un compañero llamado Manuel Varela García y tenían que buscarle trabajo...

Sazonados de sol y viento, entraron por fin en un mar de color encarnado o acastañado que los marinos del barco decían ser río. En la ribera había un puerto grande y una población de edificios altos y largos con policía, aduana, inspección de sanidad y "hotel de inmigrantes".

No pasaron mucho tiempo en ese hotel porque el hermano mayor de Eladio, Cosme, apareció para salvarlos. Cosme le llamaba "neno" a Eladio, y "paisano" a Manolo Varela.

Cosme pagó los billetes del tren, y viajaron por un terreno plano, verde, lleno de vacas y hombres a caballo. Pasada una noche, el terreo ya era pardo y se veían bichos que parecían inventados: unos como gallinas con altura de gente y otros como ovejas lanudas con altura de potros. Asustados por el paso del tren, todos corrían en bandos y —entendió Varela sin hacerle falta preguntar— daban aviso de aquella tierra en que las cosas andaban al revés.

Pero aún faltaba un buen pedazo de camino, el peor según Cosme. Por eso pasaron la tarde e hicieron noche en un pueblecito de casas de lata repintada, donde Manuel oyó tales hablas que se asombró de que pudiese ser gente quien así se manifestaba.

El día siguiente fue todo gastado sobre una carretera de pedregullo, por campos sin el más mísero árbol natural, salvo los que se vencían al viento alrededor de casuchas de colores llamativos. Aquellos desiertos terrosos, salpicados de hierba amarilla y arbustos grises, mantenían rebaños de ovejas del mismo color de la tierra, y bandos de los animales increíbles de dos y cuatro patas que ya venían viendo desde mucho atrás.

Cuando llegaron a destino, a Manuel Varela le dio una lástima grandísima de si mismo. Porque le pareció haber llegado a la nada, a un sitio de casas de chapa, muchas medio comidas de herrumbre, y calles de cantos y arena que un viento loco levantaba en remolinos.

Cosme le había encontrado acomodo en la casa de un "turco"; y faena en la playa, donde trabajaban los gallegos.

El tal turco se llamaba Ibraín, y no le gustó a Manuel Varela como a sus antepasados no les gustaban los moros: porque les infundían desconfianza aunque se comportasen de buena forma. El

Ibraín Ghadá, o Ghadar, o como demonios se llamase, miraba de lado, con unos ojos grandes y negros metidos en la sombra del entrecejo peludo. Tenía nariz de gancho, la piel cetrina, lunares y un bigotón que le ocultaba la boca. Hasta hablaba malamente: decía "garne" por "carne" y "bunta" por "punta" lo que hacía difícil entenderse con él.

Pero era quien daba pensión más cerca de la playa y Varela acababa de llegar...

El trabajo tampoco le pareció de lo mejor al montañés, que no sabía de más mojaduras que las aguantadas en ejercicio de pillar truchas a mano en los ríos. Los gallegos trabajaban —bien pagados— en un trasiego que les hacía entrar en el mar continuamente. De ellos dependía que gente y cosas transitasen entre tierra firme y los barcos que allá quedaban sobre el añil de las aguas azotadas por el viento. Había que llenar y vaciar unas lanchas que llamaban "chatas". Esas lanchas varaban en la playa batida por las olas y era necesario coger hombres y bultos a cuestras, y mujeres y niños en brazos, para embarcarlos y desembarcarlos.

Manuel Varela era mozo fuerte, de ojo claro y pelo oscuro, rizado, alto y de espaldas anchas, el brazo poderoso, la mano ligera. A pesar del contragusto al principio, se le dio bien la tarea de andar mojado, echándole pecho a un mar que se irritaba por nada. Metido en él, hasta llegó a perderle el miedo.

Y del turco Ibraín ("¡Sirio, carajo!", como él corregía) sólo le comentó a Eladio que, por librarse de los de Marruecos, había venido a dar allí en las manos de un moro de otras tierras de la morería. Su amigo le rió la gracia mientras esperaban turno en una casa de mujeres que había prosperado junto de un campo de obreros del petróleo.

Manuel se iba acostumbrando; y pensó que no toda la vida estaría en la misma labor. Por eso se fue a entender con un maestro titulado, hijo del jefe de los telégrafos. Le sobraban a Manuel Varela muchos cuartos (que no llegaría a consumir en cerveza y ginebra ni aunque se volviese un borracho) y decidió pagar para que lo preparasen bien de letras y números.

Héctor, el maestro, le enseñó más de lo que esperaba. Las noches en que la nevada hacía temer el retorno a la pensión después de la clase particular, aquel muchacho que ya había nacido "en los desiertos del Sur" le contó historias de tal país: de como era antes de que, por horadar buscando agua,

surgiera el petróleo; de quienes eran los habitantes viejos de la tierra, unos indios sabios, cubiertos de pieles; de lo que había viajando hacia el oeste: las mesetas barridas por el viento, el fulgor de los lagos en medio de la desolación parda; los verdores pálidos con que se anuncia la sierra, las selvas verdinegras pintadas de nieve, los picos siempre nevados; y, tras ellos, senos profundos en los que entra el mar, "el otro océano, el mayor del Mundo"...

A Manuel Varela el maestro le transmitió la desazón de los descubridores, la codicia que los había llevado a descubrir nuevas tierras. Le indicó como en las dificultades de la cordillera podía haber zonas de las que no se sabía a qué país pertenecían, si al de aquí o al de allende los picos.

Pasaron meses y se hicieron años. Era tanto el ahorro del mozo de Soacinsa que hubo de iniciar tratos en un banco; sobre todo cuando vio como el Ibraín se le arrimaba con la monserga de que si tenía cuartos él se los podría guardar.

¡Un cuerno!, pensó. No se fiaba del patrón de aquel alojamiento al que ya se atrevía a llamar *Hotel Damasco* porque había ampliado unas habitaciones más con obra de madera y chapa acanalada...

- V -

Cualquier mañana de cualquier día en tiempo de Navidad, con mucho sol y muchas gaviotas, llegaron pasaje y carga en un barco. Se armó el jaleo de siempre, el remolcadorcito echó humo, arrastró las "chatas" y fue llegando de todo: niños que lloraban asustados, encargos caprichosos —un piano entre ellos—, hombres que no soltaban la maldita maleta y querían llegar a tierra secos con ella, mujeres que venían a aumentar las posibilidades de lo casi imposible en territorio de varones petroleros y pastores.

Manuel Varela llevó en brazos a una muchacha que, por el acento, necesariamente debía de ser paisana suya. Modosa, miraba bajito, le dio las gracias cuando la dejó en la arena y se las volvió a dar cuando le entregó el baúl, ya junto a la carretera.

Le había llamado la atención aquella cara linda, ojo y pelo oscuros, la piel blanca con un rubor en las mejillas. Le hacía recordar a la Farruquiña do Penedo con sus ovejas por los montes de San Fiz.

Yendo y viniendo de la lancha a tierra, varias veces la vio firme a la vera del camino, escudriñando con ansia a través de la polvareda. La gente se iba metiendo por la población, entre los edificios. Venían coches, camiones, galeras. Vehículos, gente y caballos hacían ruido; se movía un mundo de personas y cosas. Pero la moza seguía allí.

Cuando se acabó la faena, Manolo Varela salió en dirección al boliche donde un día y otro mataba el hambre con asado de cordero capón; y vio a su paisana todavía en el mismo sitio pero nada le dijo pues, caviló, en esta vida no se sabe si alguien se puede enfadar por lo que uno haga buenamente. O dicho de otro modo: que la mujer podía tener un hombre mirando por ella al que no le gustase intervención de ajenos.

Almorzó con los compañeros, a horas que ya eran medio de merienda, abrió un mazo de cigarros y, fumando, enfiló hacia su pensión, a asearse para la clase que cada día era más tertulia pagada por él.

Pero al girar la cabeza por culpa del viento y la arena, de nuevo vio a la mujer que ni charlas ni ocupaciones le habían hecho olvidar. Continuaba donde tantas horas antes se había quedado, aunque ya sentada en el baúl.

Podía ser que a la recién llegada le pasase algo normal en aquellos pagos de tanta desolación. Tendría familia en una estancia del interior, los parientes habrían acordado venirla a buscar tal día como hoy pero quizá un percance en el camino... O quizá el barco tenía llegada marcada para el día siguiente y se había adelantado... La pobre chica no sabría qué hacer y no iba a dejar de agradecer que se le diesen indicaciones.

Se acercó y la saludó. Le habló en gallego y, oída la respuesta en lengua común, se atrevió:

—Si no es mucho preguntar, ¿por quién esperas? Te lo digo porque ya llevo tres años en este sitio y conozco a la gente. Igual conozco a quien esperas.

Ella le dio el nombre de un Modesto que a Manolo le causó alarma. Pero todavía intentó él pensar que hubiese varios llamados así en la redonda, pues era muchísimo el personal que iba y venía.

Le preguntó en qué trabajaba el tal Modesto y ella respondió que en algo de transporte. La alarma creció en los adentros del mozo.

—¿Y se puede saber qué es tuyo? —dijo el paso definitivo.

—Mi marido.

Non había que perder la esperanza y siguió:

—¿Sabes dónde vive?

—En una pensión, me dijeron.

—¿Pero en cuál?

—En la del Braín: ese era el nombre que me leían en las cartas de él...

Ahora Manolo sintió un traspie en su corazón recio: aquel Modesto era un rapaz que tenía sus cosas en la pensión, al que el Ibraín le guardaba el dinero. Pero que poco paraba en ella. Y que había dejado de parar.

Porque había muerto.

Modesto López —tenía que ser él— andaba en las galeras, llevando manufacturas al interior y trayendo de allá fardos de lana. Él y otro habían muerto de frío en la última nevazón, pillados al descuido en una pampa alta...

Pobre de la moza, qué mal funcionaban los correos... Según se recomponía Varela, creyó que debía llevarla con él para que se acomodase en la pensión y, una vez allí, contarle la desgracia en que andaba metida.

—Mira, mujer —le dijo—, yo vivo en la casa del Ibraín y pienso que lo mejor es que vayamos para allá y preguntemos por tu marido, que en la pensión hay mucho huésped y no todos nos conocemos.

Para evitar que la viudita dudase, le cogió el baúl, se lo echó al hombro y se encaminó hacia el Hotel Damasco. Ella lo seguía. A veces, Manuel se volvía para verla luchar contra el viento y el pedregullo: avanzaba haciendo esfuerzos por mantener el equilibrio, su cuerpo se balanceaba y, a pesar de la discreción del vestido, bien se le dibujaban formas de hembra completa.

Que aún no se sabía viuda...

Al llegar a la pensión, Varela hizo esperar en la entrada a la moza, quien miraba todo con ojos grandes y espantados. Se metió en el cuarto en que Ibraín tenía los papeles y dormía las siestas, y le contó el caso.

Ibraín le dejó hablar y, al final, preguntó si la mujer del difunto López estaba buena.

Manolo hizo como que no había escuchado y le dijo cómo se debía proceder:

—Hay que hospedarla en un buen cuarto y dejarla descansar con el cuento de que su marido anda de viaje. Entonces recogemos los documentos de él en la oficina del juez y le contamos lo que pasó, le dejamos llorar y que vea la tumba en el cementerio... Usted le da los cuartos del muchacho —ahí miró a los ojos escondidos del árabe, que se escondieron aún más— y se le compra pasaje de vuelta.

Ibraín no abrió la boca. Fue saliendo y, en el recibidor, paró mirando a la chica, de arriba abajo, de abajo arriba. Ella se puso colorada.

Ibraín le preguntó el nombre.

—Paulina Mouzo...

—*Entonce vos no sos mujer de López* —argumentó el moro; y Varela tuvo que explicar que en España las mujeres no cambiaban de apellido al casarse.

Papeles. Ibraín quería papeles.

Paulina se giró, dio la espalda a los hombres y debió de buscar algo por el pecho.

Les volvió a dar la cara y enseñó su documentación, junto con las cartas del infeliz.

Después de mirarlas, el dueño de la pensión llamó el criado y le mandó acomodar a "la señora López".

- VI -

Todos hicieron caridad; hasta, en apariencia, el turco (¡"Sirio!") Ibraín que era infiel. Los funcionarios, el cura que había actuado en el entierro y la gente del negocio de las galeras vinieron a visitar a Paulina tan pronto de supieron quien era.

Los que le dieron la noticia terrible fueron Manuel y la viuda del compañero muerto de frío junto a Modesto. Esta mujer, medio india y cargada de chicos, animosa, abrazó a la desconsolada y le dijo que por haberse quedado sin marido no pensase que se quedaba sin familia pues allí estaban ella y los

suyos para lo que necesitara.

Los oficiales del juzgado y de la policía se ofrecieron para cosa de papeles en caso de que Paulina Mouzo de López quisiera seguir en territorio de su responsabilidad.

El cura fue capaz de echarle una mentira linda, de que el Modesto era formal y venía a misa; y de que la muerte por frío es dulce y permite que la conciencia se pierda poco a poco, con tiempo de arrepentirse para dar el alma a Dios.

Los de los transportes le trajeron el último sueldo del marido y el aguinaldo.

E Ibraín le dijo que podía seguir en el hotel mientras quisiese, y hasta le preguntó si tenía artes para hacer de gobernanta...

Pasados varios días y cuando Varela vio que la mocita de cara de manzana ya se alimentaba con gusto, se acercó a ella y le preguntó:

—¿Qué, paisana?, ¿piensas quedarte por aquí o quieres volver a nuestra tierra?

—Pues... Aún me voy a quedar algo —respondió Paulina entrecerrando los ojos, como si acariciase una ilusión.

Manuel no hizo comentario, pero sí advertencia:

—Entonces tenías que hablar en serio con el Ibraín porque debe de tener dinero de tu marido...

Y, como la vida es un grandísimo lío y uno es hijo del destino que acaricia con sus propias intenciones, he ahí que al montañés de Soacinsa se le presentó una ocasión de mudanza y no dudó de aceptarla.

Durante una clase desviada de aritmética, andaba Héctor dando la paliza con la "soberanía nacional" y Manuel distraído recordando las pestañas aladas de Paulina cuando apareció un amigo del padre del maestro proclamando una necesidad:

—Me hace falta un gallego corajudo.

El asunto —explicó el señor Domingo Candelaria— era establecer un boliche en tierra de nadie, en el cruce de los caminos del interior: el que buscaba el paso de la cordillera para atravesarla y el que por sus faldas unía los últimos establecimientos ganaderos de la república, ya en el límite fronterizo.

Se precisaba un tipo sin miedo de cuatreros y bandidos, sin recelo de andar por donde los

milicos no podían imponer la ley porque el territorio no aparecía marcado en los mapas...

Héctor apuntó con el dedo a su alumno y dijo:

—Allí vas a tener tiempo de leer, Manuel, y, una vez establecido, la tierra será tuya cuando llegue el momento de los títulos. Es más, gallego: espero que te acuerdes de los que te queremos y ayudes a sumar tierras a nuestra nación.

Manuel aceptó. Porque algo dentro de sí (quizá la sangre de su abuelo militar, que había muerto creyendo que España —ya sólo con las Filipinas y las Antillas— aún era un imperio) le decía que debía aceptarlo.

Los compañeros de la playa le hicieron ver que cambiaba lo seguro por lo incierto, pero se fue porque Eladio apoyó la idea con fuertes palmadas en la espalda y un razonamiento:

—Hoy los indios no se comen a nadie; y, si no te fuera bien por allá, aquí va a seguir sobrando trabajo...

A Paulina le dio la mano como despedida, mientras le decía que, si algo necesitaba de él, sólo tenía que llevar recado al despacho de los transportes. Y que no tardaría en volverla a ver; porque iba a andar yendo y viniendo tan pronto tuviera el establecimiento montado y las necesarias ayudas.

Cuando trepó a la galera llena de materiales para la construcción del boliche, sintió que a sus espaldas dejaba algo de peso —una ilusión grande que era necesario calmar porque los lutos llevan su tiempo y el amor a los muertos tarda en convertirse en un recuerdo tan frío como ellos.

Partieron, con los caballos enganchados y los de reserva. Llevaban buen tiempo y delante de Manuel se fueron presentando todos los prodigios y las grandezas que le había anunciado su maestro: un mundo de montes aplanados, de tierra descarnada y láminas de agua, de verdores a la orilla de lo azul, de tierra parda nuevamente; hasta que se empezaron a ver cumbres pintadas de blanco como las de San Fiz de Lamas.

Los sufrimientos del camino se mataban con tanta visión, entre cigarro y cigarro, desde las alturas del pescante de la galera. La polvareda y el sol de día, el viento y el frío bajo las estrellas de noche, se hacían llevaderos. Manuel sabía que iba al encuentro de lo suyo.

Y se quedó convencido cuando, después de cien leguas, el viejo carretero que gobernaba el

flete le anunció que habían llegado.

El entorno se ondulaba cubierto de una alfombra verde pálido. Para naciente, la tierra caía y se ahondaba hasta hacer sitio a lagunas llenas de pájaros rosados de pata y pescuezo larguísimos. Para poniente los oteros cogían fuerzas y querían imitar alturas y formas de los montes nevados. En alguno de ellos crecían árboles vencidos por el viento, como lunares en la piel suave de la hierba.

—¡Aquí! —decidió el viejo Pedro Moreno, tensando las riendas. Y allí descansaron ellos y los caballos durante un par de días.

Después fue una labor de romperse la espalda: maderas, latas, piedras, barro, cristal, alambre... Pasó una tropa de "gente paisana", indios con su cacique ricamente emponchado, y hablaron con ellos porque algunos eran "castillas", como Pedro Moreno llamaba a los que se dejaban entender.

Al saber que aquello iba a ser boliche con mostrador, vasos, caña y ginebra, estallaban de contento; y el jefe, que se llamaba Traftrif o Trastaf o como diablos fuese, dio orden a unos mancebos de que ayudaran en la construcción.

Los rapaces arrimaron el hombro y la obra enseguida se remató. Varela les pagó con ginebra y uno de ellos decidió quedarse de empleado, con una pareja de perros.

Antes de marcharse, Moreno hizo advertencia al cristiano que dejaba solo:

—*Oíme, gallego: estos matan por un trago. Tenés que dormir armao.*

- VII -

El viejo Pedro Moreno se fue con una lista de encargos y varias cartas. Una de las misivas era de Manuel para su paisana Paulina pintándole las bellezas del mundo al que se había retirado; otra, del mismo autor para su maestro, ratificándose en las grandiosidades de las sierras "preandinas", como las calificaba el tratado de geografía del que venía provisto para su retiro; y pidiéndole que mirase por las necesidades de todo tipo de Paulina Mouzo. Con un párrafo final en que le comunicaba que Ibraín guardaba los ahorros del marido de la viudita, amasados con sudor y soledad en la aventura de las

“huellas” del desierto.

Corrió el tiempo de estío y antes del primer aviso de nieves sucedió mucha cosa buena en los pagos de nadie:

Manuel Varela se dio cuenta de que se entendía con el muchacho indio, al que bautizó como Julián, por ser éste el nombre de gente cristina que más se le pareció al verdadero de su ayudante. Julián sabía todo lo necesario de caballos y ovejas, y salía a camppear avestruces, guanacos y pumas, para comida o provisión de plumas y pieles. Solamente había que apartarlo del licor; y, como recomendaban los viajeros civilizados, de vez en cuando era necesario darle demostración de fuerza y dotes superiores. Por eso, Varela hacía prácticas de puntería con su revólver y su rifle; y, en recuerdo de su padre boticario, fue cultivando un bigote a la Kaiser que imponía muchísimo respeto entre gentes de escaso pelo en la cara.

Los indios iban y venían, en un tráfico que no costaba relacionar con el paso clandestino de ganado por la frontera. Armaban sus toldos de cuero alrededor del boliche y dejaban correr la plata, en forma de monedas y en la de objetos con mucho arte, que habrían aprendido de sus mayores. Tanto brillo de metal noble —dedujo Varela de las lecciones de Héctor— tuvo que ser lo que volviese locas las mentes codiciosas de los conquistadores españoles.

A cambio de borracheras, que el gallego vigilaba sin recato de echar mano a su revólver, el almacén del establecimiento se llenaba de pieles y ponchos traídos por los bárbaros; y la caja fuerte reventaba de dinero y objetos de orfebrería.

Pasaban comerciantes de una república para otra, y militares de ambas, algunas veces en comisión, tratando del problema de la línea divisoria. Los trabajadores de las estancias menos apartadas se acercaban a la casa única en la encrucijada, y en las mesas, sobre naipes y vasos, se oyó hablar de los malos tratos de los patrones, de sindicatos, de una revolución. Los capataces usaban el establecimiento de Varela para buscar a sus peones; y algún patrón se dejó caer por allí en busca de capataces.

Bajaban las existencias rápidamente y Manuel temía el invierno. No sabía si el acopio último, antes de que las nieves cerraran los pasos, sería suficiente para satisfacer a la clientela que aumentaba

sin pausa.

Y ésa no era su única preocupación. Mayor era la de no tener persona de confianza total con quien dejar el negocio por un tempo. Para volver a la ciudad, antes de la cerrazón del invierno.

De Paulina nunca había recibido respuesta; porque ella no sabía escribir y tendría recelos de dictar carta. Pero sí la había recibido de Héctor en la valija de Candelaria, patrón del boliche. El maestro se alegraba de que el negocio creciese, y recomendaba ir ocupando tierras, soltar ovejas en ellas y mandar pastores a cuidarlas, hombres que construyesen puestos, que llevaran familia. En cuanto a Paulina, decía que había estado con ella y la encontraba bien, con ánimos, trabajando en el Hotel Damasco. Habían hablado de los ahorros de su marido y ella le había dado a entender que sabía bien cómo valerse en el asunto.

Manuel Varela sufría queriendo dejar el boliche y ver a aquella mujer que quizá no lo necesitase para nada. Quería verla y que ella lo viese a él, con su bigote de puntas verticales.

Pero no podía. Vista la evolución de las cosas, tan rápida, tan a su favor, era necesario andar encima de ellas, mirando como engordar la bolsa de la plata.

Se dijo que lo importante era que la mujer se gobernara bien y no lo olvidase. Por eso le mandaba carta con cada galera que retornaba. En la última, ya metidos bien en mayo y con aguanieve, le contó que estaba construyendo un hospedaje, con camas y estufas, para acoger gente sorprendida por las inclemencias del tiempo serrano.

- VIII -

Escapando de la nieve, que cegaba, llegó al boliche el turco Iusef Elías, mercachifle de los caminos. Manuel Varela y el indio Julián le ayudaron a soltar los caballos en el corral y a guardar las cosas de la galera en el almacén; y pasó a ser huésped sin mucha esperanza de seguir hacia su casa, situada muy al norte. La necesidad de vender había llevado a aquel vendedor de artículos menores más al sur de lo que la prudencia recomendaba.

Elías le contó a Varela que era cristiano, como tantos a los que llamaban malamente "turcos" cuando lo único que tenían para tal apelativo era el de ser víctimas del imperio musulmán de Turquía. Elías andaría por los cincuenta años. Era un tipo alto, de ojo y pelo gris, con bigotes caídos y expresión de bondad; y pregonaba ser padre de seis muchachas, varias de ellas en años de casar. En el retiro a que lo iban a condenar las nieves tan lejos de su hogar, no le preocupaba que las chicas pasaran necesidades, pues eran todas hacendosas y dispuestas a coser bajo el mando de su madre. Le preocupaba, y le quitaba el sueño, imaginárselas rezando por él, un día pidiendo por que retornase; otro, rogando ya por su alma...

Elías fue quien le dio la idea a Varela. Con su habla atropellada, le explicó que debían hacer sociedad. Los negocios allí estaban en la oveja, en los transportes, en el hospedaje y en los suministros. Mientras sentían el azote de la ventisca sobre chapa y cristales, lusef habló con la mirada perdida de una ciudad de maravilla que había por sus tierras, una población que vivía del paso de las caravanas de este a oeste y de norte a sur.

Harían las cosas honradamente: en primer lugar, comprarle el negocio a Domingo Candelaria, que seguía en la ciudad, tan ricamente, acumulando beneficios sin padecer rigores. Después marcarían capital de la nueva compañía, porcentajes de los socios y funciones dentro de ella. En cuanto a eso, Elías creía que él se debía encargar de compras y ventas de artículos, y el amigo Varela del establecimiento.

Comprobadas las primeras señales de primavera, lusef cargó sus pertenencias y salió camino del norte, seguro de que el tiempo mejoraría con la latitud. Poco después llegaba la primera galera desde la costa, y el boliche se volvió a llenar de barullo y humo. Julián y Manuel no eran capaces de servir tanto. Cuando los visitaron los indios, Julián consiguió que un *helmano* suyo se quedase para ayudar.

Manuel mandó cartas con el mayoral de la siguiente galera. A Héctor le explicaba la idea del turco Elías y le pedía opinión. A Paulina le contaba los progresos, y que se iba a meter a ganadero. Le pedía que le contase algo.

Con la siguiente galera no recibió respuesta de nadie. Pero en ella venía un personaje curioso, periodista, redactor del diario que echaba a andar en la ciudad del petróleo. Intentaba tratar "la cuestión

fronteriza" e hizo varias fotografías del administrador del boliche, a quien llamaba "pionero".

Jorge Acuña, el periodista fotógrafo, era un sujeto hablador, de risa fácil. Cuando Varela le pidió que le entregase copia de su retrato a la Paulina del Damasco, Acuña preguntó:

—¿A la amiguita del sirio? —y, asustado por la expresión de la cara de Manuel, soltó una carcajada idiota—. Bueno, eso es lo que dicen, che —quiso enmendar la inoportunidad—. Chimentos de la gente...

Manuel Varela sintió un roimiento en la entraña y calculó cómo dejar toda aquella mierda de aventura por tierras que no aparecían en los mapas. Nada valían en comparación con el cuerpo lindo y las pestañas largas de Paulina Mouzo. Durante días dispuso una salida de emergencia en solitario —él y una tropilla de caballos— entregando la dirección del negocio a la voluntad divina.

Se marcharía, y que ardiese todo...

En esas andaba cuando se produjo otro quiebro en el rumbo de la vida que se iniciara —por ratos en una fiesta de hilanderas— en la parte del Mundo que se viene llamando Galicia desde que hay documentos.

Acuña se había ido de "tournée" por la frontera con el indio nuevo. Julián andaba en ratos de comprar ovejas. El bolichero atendía en la barra a unos clientes cuando oyó llegar un carro, grande por el ruido. Al poco se abrió la puerta y entraron dos personas con la cabeza envuelta en un pañolón, antiparras que les ocultaban los ojos y un largo guardapolvo, cerrado del cuello a los pies. Pero, aún con tanta ocultación, se adivinaban mujeres.

Pararon en medio del "salón", aguardando. Hasta que apareció un tercer sujeto con guardapolvo y la cabeza descubierta.

—¡Elías! —Manuel Varela dejó los clientes para acercarse a abrazarlo.

Después del saludo efusivo, lusef le presentó a sus acompañantes:

—Mira, Manolo, estas son mis hijas. Ésta es Ana y ésta, Susana.

Iusef Elías quedó al frente del boliche y Manuel Varela viajó en la galera con el periodista. El viaje se le hizo inacabable a pesar de la compañía. Acuña era una enciclopedia: sabía la historia de su propia familia y todo lo referente a las condiciones que la habían obligado a emigrar. Hablaba de España y de Galicia como Héctor de su país, con la seguridad de quien parece el inventor de esas tierras y tales gentes.

Cando bajaban la última cuesta del camino, ya con el mar al fondo, a Manuel le entró un ansia loca: la de montar un caballo aparte y galopar, galopar...

Entrando en la ciudad, le pidió al carrero que se desviase para dejarlo delante del Damasco; y, llegados allí, saltó con sus cosas desoyendo la propuesta de "reparar las notas de viaje con unas cervezas" que le hacía el Acuña.

En la recepción del hotel andaba Ibraín, los ojos rehundidos, la edad marcándole arrugas en el cuello.

Saludó a Varela con la falta de efusión que correspondería a haberlo visto la tarde anterior, cuando hacía más de medio año que habían dejado de verse. Y Varela se tragó la sospecha.

Ibraín dijo que el hotel estaba completo. La sospecha creció dentro de Manuel.

—¿Y dónde anda la Paulina? —preguntó sin esperar más.

—Se fue —respondió el dueño del Hotel Damasco.

—¿Que se fue?

—Se fue, che. Se marchó para España...

Hubo un silencio con zumbido de moscas. Duró poco. Sería Varela quien lo rompiese:

—¿Y le dio usted el dinero de su marido?

—Sí que se lo di. Le di todo, todo. Le di más de lo que le correspondía.

En la respuesta del turco había miedo, hijo de la mala conciencia.

Manuel Varela recogió su equipaje.

Saliendo por la puerta, se volvió para decir lo que hacía mucho quería:

—Moro hijo de puta...

Segunda parte:

Historias de los años 90

- I -

—La radio va sintonizada en la frecuencia de los campos de la compañía —advirtió el ingeniero en tono tranquilizador—; y para guiarse, ya saben: ojo puesto en las torres de petróleo.

Abrió un plano y lo extendió sobre la mesa. Sacó un paquete de cigarros. Ofreció y, tras la preparación para fumar, siguió:

—Esta provincia está tan despoblada que, para dar referencias, hay que meter en los mapas hasta los puestos de las estancias... —buscó un punto y llamó la atención de su invitado:— Mirá aquí, "Villa Varela", justo sobre la frontera. Pero del lado nuestro, como te dijeron en el centro gallego. El viejo Manuel Varela es un gallego bravo... Bien, llevan la camioneta, herramientas, repuestos, bidones de gasolina... Van ustedes hechos unos exploradores... —y soltó una carcajada—. Si yo les contase las que me pasaron por esos campos adentro...

Moncho Suárez salió de la oficina de la petrolera respirando con fuerza, dispuesto a ver lo que los turistas no veían. Nunca acabaría de darle las gracias al funcionario de la Secretaría General que le sugirió bajar hasta aquel fin de mundo americano. Al principio le había parecido algo loco ir a enseñar gallego allí. Un compañero de claustro del instituto se le había reído en las narices:

—Allí en el Sur los únicos que aguantan que les den lecciones de idiomas son los pingüinos y las focas.

Pero los buenos sitios ya estaban cogidos; no quedaba otra opción para los cursos y el muchacho se agarró a ella por hacer curriculum. Voló tanto como nunca imaginaría. Llegó mareado de volar.

Con todo, le mereció la pena hacerlo porque los hijos de la *saudade* se lo iban a rifar para someterlo a sus agasajos. Lo llenaron de langostinos y centollos, de pescado y cordero. Lo llevaron a las playas, le mostraron los campos de petróleo, el museo con vestigios de vida y muerte de los indios del mito austral. Le contaron las aventuras de los paisanos famosos.

Hablando de uno de ellos, Manuel Varela García, tan viejo como el siglo, fue cuando Antonio Rey, el ingeniero de los petróleos, le dijo que no podía irse de vuelta para Galicia sin haber atravesado el territorio, del Atlántico al Pacífico, pasando la cordillera. En aquel camino iba a toparse con Villa Varela, necesariamente; y, con suerte, podría escuchar la vida del anciano fundador de la población.

Al acabar el curso de gallego, Moncho tomó la decisión. Antonio Rey hizo los preparativos y le dio de acompañante a su propio hijo Antoñito, alumno esforzado, empeñado en aprender la lengua de sus abuelos...

El trayecto se inició por carretera de asfalto serpenteando entre una sucesión de otros pardos truncados, coronados de torres de petróleo y de aquellas "cigüeñas" negras y mecánicas que cabeceaban bombeando oro líquido, espeso, negro.

Después empezaba el desierto verdadero, la nada —ni para atrás ni para delante—, un miedo espléndido de tener un accidente, una fascinación de animales que ya había gozado Darwin —las avestruces, los guanacos, los armadillos...—, el aviso de verde y azul de los lagos con nombre indio e inglés, y de nuevo el desierto. Cuando ya en la cabina de la camioneta todo era polvo del camino descarnado, tuvieron un aviso refulgente de nieves al sol.

Molidos de saltar continuamente sobre el pedregullo, los pelos azanahoriados por la polvareda que superaba filtros, insidiosa, llegaron a Villa Varela, conjunto de casas de lata pintadas de blanco y amarillo, reunidas alrededor de un mástil con la bandera de la república flameando al viento.

Pidieron posada en el "boliche nuevo" y saciaron hambre y sed mientras Ramón Suárez llenaba su cuaderno de viaje con las impresiones compartidas por Antoñito Rey.

Era ya a la puesta de sol cuando terminaban la cena, y se fue llenando el establecimiento con gente de mejillas coloradas, unos "caucásicos", como dicen los yanquis para evitar decir "blancos"; otros, claramente mestizos de blanco y amerindio. Entre los blancos había una línea de parecidos que llamó la

atención del profesor de gallego, algo metido a periodista.

Uno de aquellos miembros del grupo "fenotípicamente homogéneo" (así lo anotó Suárez) se le dirigió amablemente, ofreciéndole de beber. Era un hombre metido en los sesenta años, el ojo claro y pelo todavía negro y rizo.

Al saber que el visitante era gallego, hasta enviado por el gobierno de Galicia, el señor José Varela estalló en expresiones de alegría y pidió que lo acompañase a "visitar al viejito". Moncho le guiñó un ojo a su compañero de exploración y fueron yendo a casa de don Manuel Varela, con cámara de fotos y magnetófono.

- II -

Sorprendieron a don Manuel escuchando la radio, sentado en su butaca, el mate a mano en una mesita. Junto a él, una anciana de grandes ojos luminosos y cabello plateado remendaba algo.

José los trató de padres e hizo las introducciones.

Corrió el mate, y con el mate la vida del pionero, como un río. Empezaron hablando en castellano pero, al detectar el profesor restos de su lengua propia en la fonética del fundador de la villa andina, lo provocó en gallego y don Manuel lo siguió ante la mirada atenta y divertida de su mujer y su hijo. Ella llegó a reír; don Manuel la reprendió:

—No te rías, turca, que vos también chamullás en lo tuyo —y siguió con su paisano—: Aún es hoy que no sé cómo me casé con ella y no con su hermana. Me las trajo su padre en buen momento y eran una lindura. Si no me arreglé con las dos fue porque teníamos que dar ejemplo de cristianismo a los indios —rió de buena gana, mostrando la dentadura completa—. Ésta es Ana y la hermana que la sigue es Susana; y el viejo Iusef aún tenía otras cuatro rapazas... Él fue mi socio. Por eso visteis las entradas a dos estancias sobre el camino. A la de él le llamamos *Levante* y a la mía, *Poniente*. No fue por la situación de los campos sino por los sitios de donde nosotros éramos...

El "turco" Iusef Elías había servido para consolidar la urdimbre de negocios de la que nació Villa

Varela. Hasta había sabido templar ánimos de los milicos de dos repúblicas enfrentadas, para conseguir que todos fueran sus clientes y que ninguno se atreviese a tocarles en los títulos de propiedad de la tierra, que por ley antigua pertenecería a quien la había labrado y llenado de rebaños.

Por la vista azul del viejo Varela circularon once hijos habidos con la turca, y cuñadas y concuñados, sobrinos, nietos..., y gentes infinitas: indios resistentes a la norma de los cristianos, bandidos huyendo de la ley de un lado y otro de la cordillera, buscadores de plata y petróleo... Habían sonado las armas muchas veces. Valía poco la vida de quien se estaba haciendo dueño de tanta tierra como nadie soñaría en las aldeas donde se crió.

¿Y de dónde era el señor Manuel?

Cuando se lo explicó, según descendía en detalle desde “los peñascos de Soacinsa” hacia el centro del municipio, Moncho Suárez no pudo evitar la gallegada.

—¡Arrecarallo! —interrumpió, para explicar—: Entonces, señor Manuel, somos vecinos, porque de ahí es mi familia toda.

—¿Y tú de quién eres? —fue la pregunta lógica del anciano.

—Pues... A ver cómo se lo explico... Mire, yendo por el camino más corto: mi padre es el hijo pequeño de don Emeterio el farmacéutico, un farmacéutico que tenía fama de muy cazador. Y por los años... Por los años, por los años que usted tiene, hasta se puede acordar de él.

El profesor Suárez de Valcarría esperó otra interjección típicamente gallega en la boca de don Manuel Varela; pero en lugar de ella observó un temblor de manos, un jadeo y, enseguida (en un silencio que provocó gestos de preocupación a la señora y al hijo), agua al extremo caído de los párpados. Había tocado en punto sensible, pensó, y calló.

José aprovechó para ofrecer tabaco y murmurar por lo bajo:

—No pensé que se fuera a emocionar tanto, ché...

Por fin, el viejo Varela logró recomponerse y dio la explicación para todos:

—Miren qué casualidad, que fue don Emeterio quien me metió a emigrar para que no me mandaran a la guerra de África...

La velada se hizo inacabable porque el fundador de Villa Varela no tenía sueño y necesitaba

soltar las riendas del recuerdo, potro siempre joven, ahora envigorecido por los pastos verdes que le traía su paisano viajero.

Contó la vida en Soacinsa, las excursiones con su padre sacristán a ver el mar, el salto a las Américas, los primeros tiempos con el turco del Damasco, la decisión de ganar tierra... La señora Ana cayó rendida en la butaca, a José y Antoñito se les cerraban los ojos. Moncho Suárez oía y oía, evocaba y seguía oyendo —maldiciendo su vida sin más atrevimiento que el de hacer frente en el aula a unos gamberros que sólo pensaban en ser futbolistas, a los que nada importaban ni Rosalía Castro ni Álvaro Cunqueiro.

Cuando ya se barruntaba la madrugada, de repente, pareció que el viejo se agotase; y el investigador aprovechó para buscar descanso con la disculpa de que su compañero era muy chaval y aún tenían camino por delante.

Se fueron. En el cielo frío y negro de los Andes temblaban estrellas desconocidas. El corazón de Moncho Suárez pulsaba satisfecho.

III

Maravillas camino del mayor océano del mundo. Cielo azul claro, nubes blancas y grises, altísimas, quietas como platos. Picos blancos refulgentes, una línea de nieve pintando todos los montes a la misma altura. Debajo del blanco, verde-negro de bosque espeso. Debajo del verde oscuro, verde azulado de mar o azul añilado de lago. Selva interminable y, a veces, el verdor claro de hierba y los colores vistosos de casas de madera marcando posición con el humo... Decían que Escandinavia, con sus fiordos, era preciosa. Habían de ver lo que el profesor Suárez de Valcarría contempló en los senos del extremo austral de Sudamérica.

De retorno hacia el este, por Villa Varela se acercó a hacer promesa de volver, y a ofrecerse para llevar recados. Don Manuel andaba en los galpones de la esquila tratando con una "comparsa" el

negocio de pelar las ovejas manchadas de tierra.

Tuvieron conversación con él, en el porche de la casa, con mate y algo de prisa, porque el camino hacia la costa no permitía jugar con un percance de noche. Todos los Varelas que vinieron a la despedida comprendían el riesgo y ayudaron a que el "viejito" abreviase.

Se tomaron fotos "para la gente de allá" y los presentes miraban con afecto a su padre y al profesor, a quien el anciano (cosas de la edad, pensó Moncho) llamaba "*nenó*" con una familiaridad extraña.

Pero esa no fue a única extrañeza.

Cando llegó el momento final, don Manuel rogó a Ramón Suárez que lo acompañase a su cuarto.

Alí, tras de la puerta cerrada, le pidió:

—Mucho te agradecería si me mirases en Galicia por una persona.

—Usted dirá...

—A lo mejor todavía vive, y se llama Paulina Mouzo.

—¿Y de dónde era?

—De eso ya no me acuerdo.

—¿Y lo sabrán los del centro gallego, allí abajo?

—Si vive Rosa, la madre de los Nogueiras, aún se ha de saber.

Se despidieron.

Lo peor de los ancianos era que cada despedida podía ser la última, le comentó Moncho a Toñito Rey; y siguieron camino entre el polvo del desierto...

En sus últimos días por la ciudad del petróleo, el profesor se empeñó en conseguir datos de Paulina Mouzo, a quien la abuela de los Nogueiras, doña Rosa, situó como jefa suya durante un breve tiempo: al desembarcar, Rosa había trabajado de mucama en el Hotel Damasco, "el del turco Braín"; allí vivía, y hacía de gobernanta, la Paulina. "Entre aquellas latas" también se había hospedado Manuel Varela, que le mandaba cartas a Paulina, hasta después de que esta se hubiera marchado.

¿A dónde?

Doña Rosa no se acordaba, no se acordaba. Pobre de su cabeza...

Los directivos del centro gallego rivalizaron por seguir las trazas de aquella paisana. Llevaron a Suárez a las oficinas del periódico viejo y allí revolvieron en la hemeroteca.

Encontraron reportajes de un tal Acuña que escribía párrafos cortos, precisos. Había varias sobre la frontera sin delimitar, una de ellas titulada El Boliche de Varela. En ella aparecía el bolichero fotografiado con caballo, perros, Winchester y revólver. Manuel Varela, a esas alturas mozo gallardo, lucía bigote Kaiser “ya fuera de moda” según el cronista.

Acuña también se había ocupado, con fotos, del Hotel Damasco y su dueño, “el sirio Ibrahim Hadat”, tipo de ojos rehundidos, el entrecejo rejunto como traza de pelo que le marcara el límite inferior de su frente.

Le hicieron fotocopias de las páginas y Moncho se las guardó, muy interesado por lo referente al boliche fronterizo y sin dar importancia a lo del hotelito, “primer establecimiento de su ramo” en la ciudad .

Mas, a pesar de aquella abundancia de datos periodísticos, se quedó insatisfecho. Porque su interés, morboso, estaba en Paulina Mouzo, que no aparecía mencionada junto a los hombres con los que había compartido residencia, trabajo y, en el caso de Manuel Varela (como se sospechaba fácilmente), algo más.

Fue una rapaza lista del coro del centro, que miraba con ojos derretidos al profesor, la que le dio cumplida satisfacción, con un comentario en gallego forzado, abrasileñado:

—Isto é para que você volva...

Carmiña, la muchacha ofrecida, trabajaba en la fiscalía y supo dar con el hilo de la historia entre cartapacios del juzgado y de los sindicatos. Paulina Mouzo Veiga surgía en ellos con todo detalle de filiación y procedencia por la curiosa razón de haber llegado tarde. En estas tierras de aventura era así: la había reclamado su marido y, cuando ella llegó, él era difunto. Se lo encontraron congelado en el camino de la cordillera. El desgraciado se llamaba Modesto López Iglesias.

En un alarde de celo policiaco, Carmiña había conseguido fotos del matrimonio, junto y por separado, conservadas precisamente en un expediente de la policía sobre la reclamación del esposo. La reclamada Paulina era una morena muy bonita, y Modesto un rubio de facciones bastas, abultadas.

Moncho Suárez pensó que la viuda no había hecho mal en tener amores con un tipo tan bien parecido como era el Manuel de Soacinsa. Hasta caviló que hay amores y amores, algunos que acompañan, silenciosos, hasta la tumba...

En las horas y horas del avión de regreso, le anduvo por la cabeza escribir una novela de pasiones calladas en el Damasco. Darían argumento para ella una ciudad de aluvión hecha de latas, dos gallegos enamorados y un sirio vigilándolos; y el título era, inevitablemente, *Hotel Damasco*.

Si apretaba escribiendo, calculó, podría mandarla al Premio Blanco Amor, que se convocaba en el verano del otro hemisferio.

La emigración era fuente inagotable de historias. Si los gallegos fuesen gente con cabeza, he ahí una veta para literatura con "sello de garantía".

IV

Moncho no tardó en dejarse caer por la editorial con la idea. El editor vio que merecía la pena perder el tiempo y gastar los cuartos con él y allá se metieron en un almuerzo animoso. Suárez ya tenía un plan trazado:

—Primero voy a ir a ver mi padre para hablarle del viejo Varela, a ver si recuerda algo de él... Si se acuerda, claro, porque mi padre era pequeño cuando Manuel emigró. Y, digo yo, como no fuera alguien muy ligado a la casa, raramente iba a hablar don Emeterio de uno que él hubiera protegido para que no lo mandasen a Marruecos, ¿no? Después tengo que ver qué hay de esa Paulina. Allí no encontré a nadie que supiera de ella desde que se fue. Sólo hay una papeleta de la fiscalía indicando que "se ausentó para la capital de la República"; pero vete tú a saber si después siguió camino de vuelta para aquí o si desapareció en el marasmo de aquella megalópolis de locos tangueros... De cualquier forma, tengo bien claro el dato de donde nació y se casó, y voy a andar por esa parroquia para buscar ambientación.

Al editor le apetecía abrir "una serie de docudramas" y declaró que "nada sería tan oportuno como los de la emigración".

Moncho hizo una visita de agradecimiento al secretario general encargado de la emigración, le entregó los presentes del centro gallego de "la capital del petróleo y el viento" y le contó las ideas del editor. El político ofreció su apoyo al posible libro "siempre que hubiese respeto por las personas". Y concluyó, rotundo:

—La galleguidad se alimenta de eso; de epopeyas como la de ese Manuel Varela en tierra de nadie. Todos los pueblos tienen la necesidad de crear mitos...

La siguiente visita de Moncho fue a las altas tierras de su familia, para hablar con su padre y con su primo Fidel, farmacéutico de esta generación y —siguiendo la tradición de los Suárez de Valcarría— jefe político: alcalde surgido de las urnas.

Su padre no recordaba nada de ese Varela, aunque le gustó mucho saber que hubiera salido de la parroquia de San Fiz tipo tan echado para delante, capaz de fundar poblaciones en las faldas de los Andes australes. La fotografía fotocopiada del fulano con bigote puntiagudo y rifle en bandolera le pareció "hasta para enmarcar"; y desde la butaca apuntó al retrato a óleo que presidía la sala, el de don Emeterio, con bata blanca de farmacéutico y mostacho Kaiser.

—No le quedaba mal al lado —concluyó.

Padre y primo le propusieron al viajero que hablase con los corresponsales de los periódicos en el pueblo; que contase la historia de Villa Varela. Pero Moncho prefirió callarse y ser él quien escribiera con gracia lo que un paleta le podía estropear.

Antes de retornar a lo suyo, le pidió a Fidel que, como regidor, hiciese dos cartas, una para el presidente de aquel centro gallego del fin del mundo y otra para el propio don Manuel Varela...

Pasaron los días, cada uno con su afán y, de vuelta por Santiago para arreglar papeles de los cursos de doctorado, se encontró a Fidel con un grupo de políticos circulando por la calle del Hórreo, hacia el Parlamento de Galicia.

—¡Monchiño! —su primo se disculpó de la gente principal e hizo un aparte—: Oye, ésta no la imaginas, *nenos*: si ese Manuel Varela García es el de Soacinsa, y te dijo que es hijo del sacristán de San

Fiz de Lamas..., nada de eso: no es hijo sino hijastro del sacristán. De quien es hijo ese señor es ¡del abuelo Emeterio! Vamos, eso es lo que dicen todos los que son tan viejos como él, que alguno queda... Que el hijo de la mujer de aquel sacristán era del farmacéutico: en Soacinsa lo tenían como cosa de prestigio... Así que, ya ves: en la familia tenemos un conquistador del Nuevo Mundo.

Entonces comprendió Moncho por qué el señor Manuel se había callado como se calló, lacrimosamente, cuando le descubrió su propia filiación. Viendo marcharse a su primo, se apoderó de él un sentimiento blando, cordial, poderoso; y un ansia de volar a un punto mínimo en el mapa vastísimo del Cono Sur americano.

Por fortuna, su *aurea mediocritas* de profesor no le permitía lujos, abandonos repentinos de la tarea diaria, viajes, pesquisas a larga distancia.

Sabía algo importante, que le haría tener tiento con lo que escribía, ser delicado con aquel emigrante de su sangre, condición que el anciano le había ocultado por pudor.

Ahora debía cumplir con él, darle satisfacciones en vida. La carta del señor alcalde había de ser una de esas satisfacciones. Otra, sería su informe sobre lo que llegase a saber de la señora Paulina.

V

Era mañana inclemente, con anuncios de Navidad en la fachada del Corte Inglés, cuando Moncho Suárez de Valcarría salió dispuesto a la investigación. Había dejado a la familia en casa de sus suegros y se fue yendo. En el asiento de atrás del coche llevaba la carpeta con todo lo referente al caso: las fotocopias del expediente y copias de las fotografías que le había suministrado Carmiña la de la fiscalía.

Llegó a medio día y dejó el coche al pie de un letrero metálico de piensos. No lejos quedaba la iglesia con su cementerio, y una casa abacial de buena piedra con un letrero de azulejos corroborando lo que habían escrito los amanuenses allende el Atlántico: *Iglesario*.

Lloviznaba un agua fría y ventosa que le hizo arrojarse en la primera inspección. Buscó entre nichos y tumbas. Se repetía el apellido Mouzo pero no encontraba ninguna Paulina.

Hasta que puso los ojos en un mausoleo "propiedad de la familia López Cabaleiro". Curiosamente, allí estaba enterrada doña Paulina Mouzo Veiga, fallecida hacía poco. Unas flores abatidas por el invierno completaban testimonio del enterramiento reciente.

Moncho Suárez maldijo los líos de su vida: ahí se demostraba como, por culpa de ellos, no había conocido al gran amor (que eso sería, sin duda) de Manuel Varela. Se había quedado quizá sin transmitir a aquella mujer ese algo especial que mueven consigo las personas mensajeras, que tocan a dos seres distantes. ¡Putra existencia inútil, de profesor de bachillerato!

Irritado consigo mismo, salió hacia el atrio elaborando una suposición: Paulina se había desencontrado con Manuel y había vuelto, viuda y sin familia; había sido acogida por esos López Cabaleiro, acabando atendida por ellos en sus momentos finales...

En la iglesia se movía gente, debía de ser final de misa y alguien lo podría informar, algún vecino del Igllesario que aparecía en los papeles americanos de la difunta.

Preguntó a un patrón bien apertrechado de pelliza y boina:

—Mire, señor, ¿me puede decir donde vive la familia López Cabaleiro?

—López Cabaleiro... —el hombre se echó la boina para atrás y se rascó la frente. Vio que se acercaba otro viejo y le transmitió la pregunta—: Servando, ¿y quiénes son los López Cabaleiro?

—Los del Gitano...

Según le indicaron, Moncho metió el coche por el camino embarrado hasta el transformador de Fenosa. Allí bajó y siguió caminando con la carpeta de los papeles protegida por el chaquetón, calentada contra su pecho.

Un rapaz moreno, con un pelo espeso que le dejaba poca frente, se esforzaba en un galpón por echar a andar una motosierra.

—Mira, por favor —lo interrumpió—, ¿es aquí la casa de López Cabalero?

El mozo dejó el artefacto en el suelo y recorrió la figura del intruso con una mirada rápida, antes de dar respuesta:

—Yo soy Modesto López Cabaleiro.

Una lucecita se encendió en el magín del profesor Suárez.

—Mira, a mí me mandaron de la Xunta a dar un curso... —se explayó para facilitar la confianza, observando que su interlocutor parecía saber de lo que le hablaba—. El caso es —terminó— que de aquel centro gallego intentan saber de una señora que se llamaba Paulina Mouzo Veiga.

—¿Y qué querían de ella?

—Nada. Saber de su vida, ya te digo; y darle recuerdos de la gente de allá...

—Ya... Pues era mi abuela —hubo recelo en la aclaración hecha entre dientes. Entonces Moncho sacó de la carpeta la foto de Paulina y se la enseñó al nieto.

—Toma, es para vosotros...

Modesto se abrió:

—¿Y va a querer ver a mi padre?

—Si se puede...

—Fue a la feria pero no tarda en volver. Pase, que tomamos un café y un coñac, que corta el frío.

VI

Pasaron a la casa: tresillo de cuero falso, mesita con mantel floreado, televisor. En lo alto de la pared, un retrato de matrimonio, lógicamente del señor López y la señora Cabaleiro, o la Cabaleiro y el López, damas siempre delante. La mujer tenía la cara redonda, como aplastada, del chico; el hombre... Moncho no podía dar crédito a sus ojos. Abrió la carpeta para cerciorarse. El trazo era único, no permitía dudar, parecía exageración de caricatura: entrecejo sin división sobre la nariz aquilina, el mirar rehundido, sombreado...

—Modesto, ¿y la señora Paulina era la madre de tu padre?

—Era, sí.

—¿Y tu padre nació aquí o allá?

—Allá, pero no donde estaban los abuelos. Porque la abuela contaba que el abuelo había muerto en un accidente y ella entonces se marchó a la capital. Allí trabajó en la casa de un médico y después se vino porque se le murieron las tías y heredó, que todo esto de aquí y lo de Souto y lo de Liñares era de las viejas aquellas.

Se sirvieron café y copa, sacaron cigarro y se fueron abriendo en conversaciones: Modesto era el más joven de la familia. Los hermanos se habían hecho todos mecánicos y él se había quedado de agricultor. Ahora le andaba por la cabeza meterse a producir verduras con invernaderos...

Tardaba en venir el dueño de la casa y el profesor andaba roído de curiosidades:

—Mira, Modesto, ¿y tenéis fotos del padre de tu padre?

—Pues no. La abuela decía que había perdiendo muchas cosas, de viajar.

—Ya...

Por fin, el ruido de un motor superó al de las ráfagas de agua en los cristales y Moncho Suárez supo que estaba próximo a comprobar, físicamente, algo que no debía contarse.

Se abrió la puerta y entró el matrimonio. Pusieron caras de asombro y el visitante tuvo que precipitarse a dar explicaciones mientras observaba aquel personaje apodado Gitano en su aldea, donde sólo se sabía algo de genética en el caso de inseminar vacas.

El bueno del hombre tenía mucho de oriental; pero no de aborigen de la India. En todo caso sería de árabe, damasceno...

Modesto López Mouzo fue quitándose el chaquetón y sentándose; bebió coñac en horas ya de aperitivo y se reconoció hijo póstumo de su padre, muerto en un accidente. Su madre querida había sido todo para él; siendo linda (le corrió una lágrima gorda por la mejilla al ver la foto que le tendía su hijo, regalo del profesor); siendo bonita (se limpió la lágrima con la manga de la camisa), nunca volvió a casarse y se dedicó toda la vida a él y a la iglesia.

Mientras hablaba el Gitano, Moncho sujetaba con miedo la carpeta de las fotocopias y las fotos; y hasta llegó a temer un descuido o un accidente que permitiese a aquellas almas de Dios deducir lo que

él había deducido.

Cuando —inevitablemente— lo convidaban a almorzar, inventó la excusa de ya estar convidado por los profesores del instituto del pueblo más próximo.

Y se dispuso a lanzarse a la lluvia.

Desde el umbral de la puerta aún trató de saber más:

—Señor Modesto, su padre no era de aquí, ¿no?

—No, mi madre estaba sirviendo en Ferrol y él estaba de marinero allí, en la comandancia de Marina, cuando se encontraron. Él era de la parte de Vigo.

—Ya... Qué historias las de nuestros viejos.

—Tanta gente se llevaría la emigración... —filosofó el Gitano.

Adiós. Al coche. El temporal puso difícil el camino al intento de escritor que se dedicaba a explicar vidas y trabajos de los escritores. Bajo el azote de la lluvia, cavilaba. Tenía hambre y pensaba. Conducía sin más atención que la imprescindible para no salirse de la carretera.

Llegando a la ciudad por la que transcurría su pulular mal rumbo, tomó la decisión de escribir una historia amarga, con todas las consecuencias.

Pocas consecuencias... Porque, a fin de cuentas, la gente no leía. Los López Cabaleiro jamás llegarían a deducir su relación con un "turco".

Quizá los de la aldea no, pero los hijos de los mecánicos... Bueno, tampoco esos leerían salvo sometidos a la tortura del profesor, a contrapelo; y sin referencias a lo que pudiese parecer la historia de sus mayores.

Encerrando el coche en el garaje soltó una carcajada. Se reía de las transcendencias. Mierda, señores, mierda: ahora que tenía algo que contar, lo contaría por divertirse, tan inútilmente como quien se dedica a la papiroflexia.

El título de la historia era engañoso y sonaba bien: *Hotel Damasco*.